

La ausencia

Miguel García-Posada

algaida



Primera edición: 2010

© Miguel García-Posada, 2010
© Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-353-8
Depósito legal: M-2.410-2010
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO FRENTE AL CANTÁBRICO	13
1. ISABEL EN FUENTES	21
2. AMIGOS, CLÉRIGOS, POLICÍAS	55
3. PRESOS POLÍTICOS	87
4. DOÑA EDUVIGIS Y LA MUCHACHA RUBIA. EL SACRILEGIO	101
5. CRISTINO Y OTROS SODOMITAS	121
6. EN HONOR DE EROS	133
7. SERMONES, DOÑA ASUN	143
8. DISCURSOS Y BODAS	155
9. LAS VISITAS	165
10. UN ÁNGEL Y UN PRISIONERO; RUPTURA SENTI- MENTAL DE ISABEL	181
11. MUERTE DE MI PADRE Y DE ISAURO, BEATRIZ ...	203
12. EL DIÁLOGO DE LOS MUERTOS	219
13. ISABEL DE FRANCIA	227
EPÍLOGO ANTE EL CANTÁBRICO	257

Por ti, para ti.

*y se quedará mi huerto
con su verde árbol
y con su poso blanco.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

PRÓLOGO FRENTE AL CANTÁBRICO

LA MUCHACHA QUE ESTABA SENTADA JUNTO A MÍ ERA guapa y, sobre todo, joven. Había intercambiado con ella algunas palabras protocolarias sobre los aviones y los azares de los viajes aéreos. Por la ventanilla se veía el paisaje verde de la región y aproveché la circunstancia para agregar algunos comentarios con la viajera, sin ninguna otra pretensión, solo la de ser cortés. Soy consciente de que los hombres maduros debemos cuidar mucho nuestros contactos con las mujeres jóvenes, sobre todo para evitar el ridículo que nos acecha. Ya en tierra, tomé un taxi y en pocos minutos estuve en la universidad. Mi ánimo era irregular, demasiado bueno para lo que me había ocurrido: viajar a esta universitaria ciudad norteña en vez de hacerlo a la humilde aldea del sur, donde ella recibía sepultura aquella tarde de julio. Ella, la persona que más me había querido en este mundo. Ella, a quien debía, sobre todo, el amoroso cuidado de mi infancia, que fue un tiempo en gran medida encantador gracias, sobre todo, a ella que me rescataba siempre que podía de luga-

res y ambientes desagradables y me hizo pasar en la villa de Fuentes, el pueblo en que residía, los veranos más felices de mi vida.

Ante el violento mar Cantábrico, que cabrilleaba por la acción poderosa de un sol que se vertía entre las nubes, recordaba, en especial por esas contingencias de los circuitos de la memoria, el día en que ella se presentó en el colegio y se me llevó a merendar. Merienda aquella suntuosa, con medias noches que aún tengo en el paladar y un vaso de leche espumosa, muy espumosa, que alentaba pequeños grumos nevados. Recordaba ese día, sí, pero todo yo era aquella tarde un puro recuerdo, un recuerdo contra el que golpeaba el ariete de la traición. Pues yo había traicionado mi fidelidad a aquella mujer que nunca me pidió nada y me lo dio todo. «Casi era mejor por eso que estuviera muerta», pensé, consciente de la monstruosidad, que no haber vivido aquel acto de indignidad suprema, aunque ella, de poder, me habría perdonado.

No era desdichado en la ciudad; no había circunstancias en mi familia para que yo fuese desgraciado y los niños se resisten siempre a la infelicidad. Pero aquellos veraneos en Fuentes fueron, casi todos, una inmersión en la felicidad, en la sintonía con el mundo. Recuerdo algunas mañanas neblinosas y londinenses de mi ciudad natal, que eran raras pero existían, y cómo mi mente se trasladaba entonces al sol bueno y caliente y pueblerino.

Mis regresos a la ciudad cuando el verano concluía fueron dramáticos cuando yo era muy niño: volvía lloroso y engañado. De alguna manera pequeña, doméstica, yo

era, sin saberlo, rousseauniano, porque la mayoría de las reglas y normas de la ciudad —horarios, deberes escolares, disciplina, etcétera— quedaban en suspenso y yo entonces conocía, aun en una escala muy modesta, el sentimiento de la libertad.

Ante el violento mar Cantábrico que se excitaba en aquella hora de la tarde, componiendo un atardecer grandioso, con la suma de las abigarradas nubes y los esplendores postreros de un sol aún impetuoso, recordaba aquel día, aquella tarde, aquella merienda. Pues yo había traicionado la fidelidad debida a aquella mujer que nunca me pidió nada y me lo dio todo, esa era la verdad. Mi madre segunda.

Mi traición era, de todos modos, indiscutible y no podía abolirla el que Teresa hubiera actuado como actuó induciéndome y casi forzándome a hacer ese viaje, porque de mi aún legítima esposa cabía esperar todo, todo lo peor, matizaba para mí, y en última instancia no me había puesto una pistola en el pecho, como suele decirse. No debía, pues, hacerla partícipe de mi deserción.

Yo había hecho aquel viaje porque no quería ausentarme del encuentro con los eminentes especialistas que iban a acudir a mi conferencia. Mi vanidad había cumplido su papel, la vanidad de estar entre los mejores, o eso que se llama los mejores. Yo había preferido esa reunión a aquella otra ceremonia, casi sin ceremonia en este caso, de enterrar a los muertos, de enterrarla a ella, a tía Isabel Bauzano (a quien desde ahora llamaré Isabel, sin más, porque su condición de madre segunda la ponía por encima de los parentescos al uso). La voz insidiosa de Teresa

no lo había olvidado: «Ya muerta, da igual el entierro. Los muertos no se enteran».

Los muertos no, infausta Teresa, pero los vivos, sí. El hombre lleva miles de años enterrando a sus muertos o quemando sus restos en piras sagradas casi desde que empezó a serlo genuinamente, y por algo será. La vida es un cambio constante; cambian los escenarios pero también los actores, nos damos el testigo, seguimos caminando; asistir a los entierros es un acto de piedad profunda, de radical solidaridad, cuando se trata de seres allegados por la sangre, quienes han hecho posible nuestra supervivencia.

Mi ausencia en el humilde cementerio del sur era, pues, un acto insolidario y una profanación en el rostro del amor que mueve al cabo el sol y las estrellas, por muy merengada que parezca la frase en una primera aproximación. Recordaba yo también aquel cementerio que nunca había visto, de tapias bajas y modestas sepulturas, donde un cura bendecía un ataúd en latín, conforme a la voluntad de la extinta, y varios viejecitos de rostro anónimo, no más de cinco compañeros suyos en la residencia de ancianos, se santiguaban en señal de respeto a la religión y a la difunta con el aire resignado de quien se sabe próximo a ingresar en ese orden espectral mientras el sol andaluz de julio caía a plomo sobre el lugar y los asistentes, abrumados por el poder de aquella luz, por el poderío del fuego solar, que agotaba a los cuerpos pero resbalaba sobre la humilde caja en que sus restos reposaban a punto de someterse al ritual biológico de la destrucción de la materia orgánica.

Todo yo era un recuerdo vivo en aquella tarde de verano; contra mi cuerpo batía montaraz y agreste el viento del norte, todo yo era en el poniente de aquellas tierras ajenas a mi peripecia existencial un palpitante, doloroso, cruel remordimiento que me castigaba con la eficacia con que suele hacerlo la agraviada memoria de los difuntos. Nadie con más diligencia que ellos para ejercer la venganza contra sus deudos. Ni los tiranos se libran de su omnipotencia. Dicen que el mismo Stalin charlaba en sus noches de insomnio con sus camaradas por él traicionados y fusilados. Mi traición a tía Isabel era de un orden distinto, aunque todas las traiciones acaban por parecerse.